

25 de septiembre de 2026 – viernes, 25.^a semana del Tiempo Ordinario

Lc 9, 18-22

Homilía

¿Quién es Jesús?

Sin duda, durante mucho tiempo esta ha sido para nosotros una pregunta teórica, que cobró un nuevo sentido el día en que nos vimos llevados a cuestionarnos nuestra propia identidad. (Aunque quizá no nos hayamos planteado la pregunta de forma explícita).

La respuesta a la pregunta «¿quién es Jesús?» condiciona la respuesta a la pregunta «¿quién soy yo?».

El Hijo de Dios aceptó todas las dimensiones de la existencia humana. Los libros devocionales de los últimos siglos nos han hablado de un Jesús que tenía la visión beatífica desde el principio... Pero la cristología contemporánea nos hace redescubrir a un Jesús más acorde con lo que nos dice el Nuevo Testamento: un Jesús que crece en edad y sabiduría ante Dios y ante los hombres; un Jesús que crece en el descubrimiento de su misión y de su identidad. Un Jesús tan plenamente humano como plenamente divino, que, como todo ser humano, necesita que sus amigos le confirmen en la percepción inicial –y luego cada vez más profunda– de su identidad. Un Jesús tan plenamente humano como plenamente divino, que, como cualquier ser humano, necesita que sus amigos le confirmen en la percepción inicial –y luego cada vez más profunda– de su identidad.

Cuanto más medito sobre el Evangelio que acabamos de leer, más convencido estoy de que, cuando Jesús dice a sus discípulos: «¿Quién soy yo para vosotros?», no se trata de una pregunta teórica. Tampoco es un recurso pedagógico. Él, Jesús, necesita oír la respuesta de Pedro: «Tú eres el Mesías de Dios», y esta confirmación le permite asumir plenamente lo que ya percibía en su alma humana: «Es necesario que el Hijo del hombre padezca mucho, que sea rechazado por los ancianos... que sea condenado a muerte y que resucite...».

Jesús sabe reconocer los signos de los tiempos en su propia existencia: para él hay un tiempo para predicar con valentía y un tiempo para esconderse, un tiempo para vivir y un tiempo para morir. Sus discípulos, y Pedro en particular, le ayudan a hacer este discernimiento...

Hay un tiempo para todo, un tiempo para cada cosa bajo el sol. No hay que interpretar esto con nuestra concepción occidental del tiempo. Para nosotros, el tiempo es un inmenso vacío, una línea continua con un punto de partida y un punto de llegada: un vacío que hay que llenar. (A veces hablamos de «ocupar el tiempo» e incluso de «matar el tiempo»). La mentalidad semítica ignora esta concepción del tiempo. Para el semita, lo que existe no es una duración que haya que llenar. Lo que existe es, ante todo, una serie de realidades, como la muerte, la alegría, el dolor o la guerra. Cada realidad tiene un tiempo propio. A lo largo de nuestra existencia humana nos encontramos con algunas de estas realidades en su momento propio. Y lo importante es reconocer cada una de estas realidades en su momento propio. Hay momentos que solo vivimos personalmente una vez, como el nacimiento y la muerte, pero hay otros que visitamos a menudo, como la alegría y la tristeza, la paz y la guerra, etc. Jesús reprocha a sus contemporáneos que sepan reconocer el tiempo meteorológico –es decir, que, al observar los signos del firmamento, sepan si se acerca un tiempo de lluvia o de sol–, pero que no sepan reconocer los tiempos del Reino de Dios.

Tanto en lo que respecta al futuro de nuestras comunidades como a nuestra propia existencia, nuestra responsabilidad no consiste simplemente en hacer cálculos humanos, sino en saber identificar qué momento se nos presenta y actuar en consecuencia: ¿es un momento de crecimiento y expansión o un momento de espera, y quizá incluso, en algunos casos, un momento de muerte?

Durante esta celebración, pidamos la gracia de saber reconocer el tiempo que nos toca vivir.

Armand Veilleux